

El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos



El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos
Llamamiento al V Congreso del PCC en octubre de 1997.

COMPATRIOTAS:

Vamos hacia un nuevo Congreso del Partido, encuentro de todo el pueblo cubano
En momentos tan decisivos como los de hoy, José Martí definió que: "... el Partido existe, seguro de su razón, como el alma visible de Cuba"... Martí fundó en 1892 el Partido único de los patriotas de su tiempo, el Partido Revolucionario Cubano, para alcanzar la independencia de Cuba y contribuir a la de Puerto Rico, hacer la guerra necesaria contra el yugo colonial español, poner freno a los apetitos de Estados Unidos y crear una república "con todos y para el bien de todos" en la que se conquistaría "toda la justicia" Siete décadas después, en los días gloriosos de Playa Girón, surgió su legítimo heredero, el Partido Comunista de Cuba, también seguro de su razón. Para los cubanos, patria independiente, democracia genuina y socialismo, están indisolublemente unidos. Nuestro partido continúa el de Martí y mantiene en alto, con firmeza, las banderas que nos legaron los próceres y por los cuales han derramado su sangre tantos próceres y mártires.

"El Partido es hoy el alma de la Revolución, ha dicho Fidel Castro, su fundador y guía
1.- LA REVOLUCIÓN CUBANA ES UNA SOLA.

La Revolución Cubana que comenzó en La Demajagua el 10 de octubre de 1868, es una sola hasta nuestros días. En ella son inseparables los ideales de independencia nacional, justicia social y hermandad entre los hombres. Los iniciadores de nuestra Revolución dieron la libertad a sus esclavos, lucharon contra un régimen social basado en la esclavitud y en una cruel estratificación social. Desde el mismo año 1868 participaron en la gesta hombres surgidos de las capas más humildes de la sociedad. Constituyeron la gran masa de combatientes y muchos alcanzaron altos grados militares y relevantes posiciones en la conducción de la guerra. El pueblo compartió riesgos y sacrificios, y asumió el papel protagónico en la forja de su destino. En la

manigua y la emigración, en el aula y el taller, buscó la unión indispensable y proyectó la imagen de la nación deseada. Guáimaro y Baraguá, Jimaguayú y La Yaya, jalonaron ese proceso singular en medio de la más feroz batalla contra España.

Factores diversos explican la radicalización social de nuestras luchas por la independencia, iniciadas más de medio siglo después que en el resto de América Latina. En nuestro caso, había no solo que liquidar el yugo colonial, sino enfrentar también los afanes expansionistas de los Estados Unidos. Era imprescindible derrotar también a una oligarquía que se unió a los colonialistas o se hizo anexionista. Cuba constituyó, y lo es aún, una de las piezas más apetecidas por la clase dominante norteamericana. Uno de los primeros presidentes del entonces naciente imperio, Thomas Jefferson, expresó con toda claridad a inicios del pasado siglo, el interés de poseer la Isla.

En 1820, bajo la presidencia de James Monroe, Estados Unidos, proclamó la teoría de la fruta madura, es decir, una vez separada Cuba de España, debería caer en manos de su vecino del norte. Los mandatarios que le sucedieron hasta el momento de la intervención militar de 1898, reafirmaron esa política. Se recurrió a presiones, ofertas de comprar la Isla y empleo de elementos anexionistas criollos. El gobierno estadounidense se opuso y logró anular la propuesta para expulsar a España de Cuba que el Libertador Simón Bolívar llevó al Congreso de Panamá en 1926; así mismo conminó a México y a Colombia, en términos muy enérgicos, a que se abstuvieran de realizar cualquier tipo de expedición contra el dominio colonial en la Isla. Con el ánimo de lograr sus propósitos expansionistas, los intereses esclavistas norteamericanos, financiaron a mediados del siglo XIX dos expediciones armadas, que encabezó Narciso López. Sin embargo, desde entonces Estados Unidos se opuso invariablemente a las que organizaban los patriotas emigrados para liberar a Cuba. El enemigo inmediato a vencer era la metrópoli española. Pero el más peligroso para nuestra nación lo constituía ya el imperialismo norteamericano. Carlos Manuel de Céspedes pudo descubrir en la etapa inicial de la Guerra Grande que "apoderarse de Cuba "era el "secreto" de la política estadounidense. Martí supo apreciar la dimensión de esa amenaza, denunciarla, organizar a los patriotas para enfrentarla y ofrendar en esa lucha su vida ejemplar. En su testamento político, poco antes de caer, lo advirtió: "...Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo- de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso". La Guerra del 95 conducía inexorablemente al fin del colonialismo español. La invasión desde Oriente, conducida por Máximo Gómez y Antonio Maceo, extraordinaria proeza militar extendió la contienda a todo el país y con las campañas que realizaron en occidente y centro de la Isla dieron un golpe determinante al ejército de la corona española, desmoralizado y en franca bancarrota. En 1898 se produjo la sospechosa y nunca aclarada, explosión del acorazado Maine, en la bahía de La Habana, pretexto que abrió las puertas a la intervención militar de Washington en la colonia que ya España tenía virtualmente perdida. Después que Estados Unidos declaró la guerra a España, hecho calificado por Lenin como la

primera guerra imperialista de la época contemporánea, los norteamericanos se dedicaron durante tres meses a bloquear y hostigar las costas y puertos cubanos, agravando las penurias que la población sufría desde la Reconcentración de Weyler. Luego centraron sus esfuerzos en lo que resultaron sus acciones fundamentales: la destrucción de la escuadra del Almirante Cervera, anclada en la Bahía de Santiago de Cuba, y la toma de la ciudad, que ya estaba sitiada por los mambises y cuya liberación era solo una cuestión de tiempo. El ocupante yanqui, tras la rendición de las huestes españolas allí acantonadas no permitió que entraran a la ciudad las tropas bajo el mando de Calixto García, cuyo aporte había sido decisivo para el desembarco de los norteamericanos y los combates de Santiago.

Estados Unidos arrebató a Cuba la independencia por la que habían luchado durante tres décadas, machete en mano, cientos de miles de sus hijos, sin escatimar ríos de sangre y enormes sacrificios de familias enteras. Nuestra nación fue objeto de la más infame transacción y excluida de los arreglos que pusieron fin a la guerra que ella había ganado. A sus espaldas, Estados Unidos y España negociaron y conciliaron intereses hasta culminar en la firma del Tratado de París Caídos ya Martí y Maceo, la disolución del PRC por Estrada Palma facilitó la labor divisionista de los yanquis. Ellos lograron durante su primera ocupación militar (1899- 1902) el licenciamiento del Ejército Mambí, es decir, completaron el desarme político y militar del independentismo lo que posibilitaba implantar en la Isla un modelo de sociedad neocolonial.

El comportamiento de los ocupantes correspondió desde su llegada a la más pérfida estrategia anticubana.

Habían transcurrido más de dos meses después del cese de los combates y la situación era registrada así en su diario por Máximo Gómez:

"Aquí se me ha reunido todo un pueblo hambriento y desnudo. La situación es, por demás aflictiva. Según lo pactado por España y los Estados Unidos la evacuación por parte de los españoles, de la Isla, se hará despacio y cómodamente, para después ocuparla los americanos. Mientras tanto, a los cubanos nos ha tocado el despoblado y por premio a nuestros servicios, de nuestro cruento sacrificio, el hambre y la desnudez, que hubieran sido más soportables en plena guerra que en esta paz, donde no nos es permitido ostentar nuestros laureles tan bien conquistados"... La gesta gloriosa, protagonizada por las tropas mambisas, fue dolorosamente sellada en 1899 con la entrega de las armas al ocupante extranjero, a cambio de 75 pesos para cada uno de sus combatientes. En un periódico cubano de la época. La discusión, apareció la siguiente opinión:

"Exigir del soldado cubano, entre bayonetas extranjeras, que entregue su arma y su equipo a cambio de un puñado de monedas es una humillación que nadie tiene derecho a imponerle... menos que nadie el poderoso que se titula aliado suyo y pretende todavía que le tengamos como amigo de los cubanos". El Cuerpo de Voluntarios que había servido al ejército colonial español, no fue desarmado y las propiedades de los colonialistas y sus cómplices fueron protegidos por el invasor.

El imperio, que ya tenía importantes intereses en la Isla, aprovechó su ocupación militar para acaparar totalmente el negocio de la exportación de azúcar y el 90 por ciento de

la de tabaco. obtuvo ilegales y gratuitas concesiones de todos los recursos minerales del país conocidos hasta entonces. Adquirió grandes extensiones de tierra mediante la compra a precios irrisorios o el desalojo de decenas de miles de campesinos, muchos de ellos soldados y oficiales del ejército mambí. Sentó las bases para la creciente penetración en los servicios públicos, la producción y las finanzas hasta lograr el control total de la economía de la neocolonia. Impuso, además, mediante el chantaje, la Enmienda Platt, que consagraba como un brutal derecho de Estados Unidos el de intervenir a su antojo en Cuba y establecer la Base Naval yanqui en Guantánamo. A la vez, propició en medio de su ocupación militar unas fraudulentas elecciones en las que participó el 7 por ciento de la población e instaló al frente de aquella ficción de república independiente un gobierno pronorteamericano, integrado por personeros de la oligarquía azucarera, por políticos que habían colaborado con el colonialismo español y la intervención yanqui, y unos pocos renegados que traicionaron la causa mambisa. Sobrevino una larga etapa en la cual el pueblo siguió marginado del poder político, privado de los más elementales derechos humanos. La discriminación del negro y la mujer formaban parte de la naturaleza del sistema, lo mismo que la opresión, la explotación, la sería, el hambre, el desempleo, el analfabetismo, el negocio de la prostitución y el juego. Ninguno de los gobiernos oligárquicos hizo algo verdaderamente sustancial en favor del pueblo. Todo se limitaba a las consabidas promesas demagógicas durante las campañas electorales. El ejercicio de la política servía para remachar el yugo extranjero y propiciar la corrupción de los gobernantes. Solo existía una posibilidad y una remota esperanza: continuar la revolución de Céspedes y Martí y llevarla a su culminación. Los ideales de independencia y justicia del siglo XIX se enriquecieron, a lo largo de la república neocolonial, con las ideas de otros grandes revolucionarios del mundo. En los hombres y mujeres de pensamiento avanzado, la conciencia patriótica se hizo sinónimo del más radical antimperialismo y de la necesidad de cambiar el sistema social desde sus bases. A lo largo del presente siglo sucesivas generaciones fueron capaces de reproducir el heroísmo y el sacrificio de los mambises. Su convicción en la victoria se fundamenta, como expresó Ignacio Agramonte, en la vergüenza de los cubanos. Finalmente logramos conquistar "la patria de hermandad y justicia" que diseñó el Apóstol.

El primero de enero del 59 no sucedió lo mismo que a fines del siglo pasado; esta vez los mambises sí entraron en Santiago. Los cubanos fuimos por fin dueños del destino de la nación. A partir de ahí se inició el duro enfrentamiento bilateral con Washington que se, mantiene.

La confrontación empezó el mismo día que cayó la tiranía de Batista. Sus más connotados asesinos, torturadores, y malversadores encontraron refugio seguro en el gobierno de Estados Unidos y el apoyo de su gobierno. Al mismo tiempo tergiversaron calumniosamente los juicios ante los tribunales cubanos de los esbirros de Batista que no pudieron escapar, culpables de las más brutales violaciones de los derechos humanos. Continuaba así el apoyo de la Casa Blanca a la dictadura de Batista. Desde entonces comenzaron sus campañas de calumnias encaminadas a crear una imagen falsa de nuestra realidad. No han dejado de realizarlas y de multiplicarlas, como demuestra la guerra radial expresada en unas 1 500 horas de transmisión que como promedio emiten semanalmente contra nuestro país. La política invariable de

Washington ha sido reconquistar a Cuba con el empleo de cualquier vía o método, sin observar principio ético alguno, con absoluto desprecio a nuestra soberanía nacional.

Las más altas instancias del gobierno norteamericano promovieron la guerra sucia contra nuestro país a poco de alcanzada la libertad definitiva. El propio presidente de los Estados Unidos tuvo que admitir, públicamente su responsabilidad por la agresión de Girón. La CIA ha estado involucrada en la preparación de numerosos atentados contra los dirigentes de la revolución, incursiones aéreas y navales piratas, fechorías de bandas y grupos terroristas. Se ha empleado, además, contra Cuba la agresión biológica, cuyo ejemplo más reciente es la aparición de una nueva plaga que daña gravemente numerosos cultivos.

En mayo de 1959, la Reforma Agraria desató la furia imperialista contra Cuba. Al año siguiente, los elementos esenciales de la política norteamericana de bloqueo ya habían sido desplegados con toda claridad, mientras estaban en marcha los preparativos de agresión militar. En febrero de 1962, la Casa Blanca suspendió totalmente el comercio y presionó a otros países para que la secundaran, e intensificó su campaña de aislamiento diplomático en el hemisferio occidental. La Revolución, lejos de retroceder ante la escalada yanqui, prosiguió las transformaciones dirigidas a rescatar la riqueza nacional y avanzar hacia una mayor justicia social. Fueron dictadas las leyes de nacionalización en ejercicio de nuestra soberanía, de acuerdo con el derecho internacional y con el apoyo unánime de nuestro pueblo.

La firmeza y la unidad del pueblo sobresalieron durante la Crisis de Octubre, bajo la amenaza nuclear de los Estados Unidos. Gracias al intercambio económico justo con la Unión Soviética y otros países socialistas, y a su solidaridad, logramos disminuir de manera considerable los crecientes efectos del bloqueo, y evitar que se concretara el plan estadounidense de paralizar la economía nacional y sumir en el hambre a nuestro pueblo. A partir del año 1989, se iniciaron los acontecimientos que finalizarían con el derrumbe del socialismo en Europa y la disolución de la Unión Soviética. Cuba perdió de golpe el 85 por ciento de su capacidad de compra y su Producto Interno Bruto se redujo drásticamente. En Washington creyeron llegado el momento de reforzar el bloqueo para poner fin a la Revolución Cubana, lo que empezaron a vaticinar como inminente. En octubre de 1992, fue promulgada la "Ley Torricelli", caracterizada por el uso de "dos carriles".

Por una parte, prohíbe nuestras transacciones con filiales de empresas norteamericanas en terceros países, e impide que barcos que arriben a Cuba lo hagan por seis meses a puertos de Estados Unidos y, por otra, utiliza modalidades más sutiles, principalmente en esferas relacionadas con la ideología, con la intención de corroernos por dentro y atraer a elementos que ellos clasifican como "más vulnerables", ingenuos o poco alerta. En dos palabras, al recrudecimiento del bloqueo, suman una clara intención subversiva interna que, juntas, pretenden el invariable objetivo estratégico de destruir la Revolución.

El bloqueo es también expresión de un hegemonismo que el mundo rechaza. Cada año, con votación siempre creciente, la Asamblea General de la ONU demanda que se le ponga fin.

Hay que tener presente que el peligro de una agresión militar no ha desaparecido,

aunque parece que esta variante ha cedido por ahora su espacio a otras. Estados Unidos conoce muy bien que una invasión a Cuba significaría para ellos un alto costo en vidas humanas. La experiencia histórica indica que ante la forma solapada en que actúa nuestro enemigo, no debemos descuidarnos ni un instante y mantener sólida nuestra defensa. Lo inaceptable para ellos es la existencia misma de la Revolución Cubana. En medio de incontables dificultades, el país ha logrado en estos últimos años detener la caída de su economía y adoptó las medidas necesarias para iniciar su recuperación y encontrar nuevos mercados y socios económicos y comerciales. Ante el evidente fracaso de su política, Estados Unidos promulgó la llamada Ley Helms- Burton que refuerza aún más el bloqueo, establece nuevos castigos a los que inviertan en Cuba o comercien con ella y establece sin el menor pudor los pasos a dar para transformar en una colonia de Washington, incluidos sus planes subversivos internos y comprenden el financiamiento y el apoyo material a los grupúsculos contrarrevolucionarios.

Con esta ley quedan claramente desenmascarados los verdaderos propósitos del imperialismo al pretender dictar como tendría que ser el futuro de Cuba, incluso después que hubiesen alcanzado lo que jamás lograrán: la derrota de la Revolución. Es así como establece que el feroz bloqueo económico, comercial y financiero seguirá en vigor hasta que se completase la "devolución" a los batistianos, explotadores, ladrones, antiguos dueños yanquis y a sus herederos, de las propiedades que hoy son del pueblo, incluidas las tierras, las viviendas, hospitales, centros de trabajo y estudio. El documento emitido el pasado enero por el presidente William Clinton, en cumplimiento de dicha ley, confirma desvergonzadamente esas intenciones y las describe en detalle. Cuba enfrenta hoy el mayor desafío de su historia; el país más poderoso del mundo, su enemigo secular, ha convertido en política oficial, y la expone abiertamente, su intención de liquidar a la nación cubana y esclavizar a su pueblo. Se trata no solo de un enorme reto para los cubanos de hoy. Es sobre todo un reto para las generaciones futuras. Frente a él tenemos la obligación insoslayable de fortalecer nuestra unión y la voluntad de resistir y multiplicar nuestros esfuerzos en todos los terrenos. Hoy está más claro que nunca, que Revolución, Patria y Socialismo son una y la misma cosa.

En Cuba no habrá restauración del capitalismo porque la Revolución no será derrotada jamás. La Patria seguirá viviendo y seguirá siendo socialista.